

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

Suscripcion en Madrid.

Por un mes. 8 reales.
Por tres id. 20 id.

Suscripcion en Provincias.

Tres meses. 26 reales.
Por seis idem 50 id.

En el extranjero y Ultramar.

Por un año. 120 reales.
(Franco de porte).

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.

SECCION CIENTÍFICA.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

DE LA SOCIABILIDAD DEL LINAGE
HUMANO.

(Conclusion).

Decíamos en nuestro anterior artículo que la ley de la sociabilidad estaba unida providencialmente á la vida del progreso: en efecto, sin ella no hubiera sido posible la civilización en la esfera del mundo, no hubiera levantado el hombre á través de los siglos esta gran fábrica soberana de instituciones, bajo la cual alienta y respira la familia racional, avanzando constantemente hácia la perfeccion indefinida, inagotable de felicidad y de grandeza.

La naturaleza nos presenta ejemplos de la asociacion en todos sus productos, desde las formas de la materia hasta la mas elevada metafísica.

La luz se compone de la asociacion de un átomo y otro átomo: el Océano es el múltiplo de una gota: el desierto el múltiplo de una arena: las obras del pensamiento no son otra cosa que asociaciones de ideas, juicios y raciocinios: en una palabra, el testimonio de la asociacion va impreso en todas las armonías de la vida universal, que proclama por todas partes sus excelencias soberanas.

Pero si la asociacion no fuera una ley física de la naturaleza, basta detenerse un poco á raciocinar para conocer que es la base y fundamento del progreso, y que sin ella no hubiera podido llegar el hombre á perfeccionar sus obras.

La teoria de *Rousseau* sobre el hombre salvaje, no es mas que un delirio febril: el principio mas fecundo y civilizador para

el mejoramiento de la especie humana, se expresa con esta fórmula simple:

EL HOMBRE NO ES PERFECTO SIN SOCIEDAD.

Luego si la sociedad es la mas legitima necesidad del progreso, naturalmente el estado salvaje es refractario de la civilización.

En efecto, ¿qué hubiera sido del hombre aislado en este inmenso planeta cuya soberanía universal le fué concedida desde su creacion para que se multiplicara? ¿Cómo hubiera realizado esas grandes conquistas en el campo de la verdad? ¿Cómo hubiera podido utilizar la grandeza de su pensamiento en beneficio propio sin la cooperacion colectiva de los demás seres? ¿Ni cómo hubiera formado familia, ni patria, levantado instituciones y formula lo leyes que sirvieran de salvaguardia á sus derechos, secuestrándose de la comunión de sus semejantes?

La ley de la sociabilidad es sin duda la mas grande excelencia humana, el principio que reasume toda la bondad del cristianismo y la sublimidad superior de la civilización.

Muchas veces lo hemos dicho: el progreso no es privilegio de una época, ni encarna en el presente con ese exclusivismo vanal que conceden algunos delirantes: es una oía que nace en la cuna de las generaciones, y se ensancha á través de los tiempos para rematar en lo infinito, en lo que no está á nuestro alcance: todos los hombres han puesto una piedra sobre sus cimientos: todas las civilizaciones le han ombrquecido con una armonía: todos los periodos de barbarie no han sido bastantes para aniquilarle por completo, prueba que se eterniza por una ley providencial que va unida á él en su tránsito por el mundo.

Sin sociedad no hubiera sido posible el

imperio del derecho, ni mucho menos su completa vinculacion con el deber, que es el medio moral en que descansan los mejores privilegios del hombre.

Un pária es un hongo enclavado á una roca, un pólipó incrustado en una esponja; todo lo mas que puede pedírsele es que desconozca el bien y el mal; pero aun en este caso no puede salvar la condicion del animal, porque es un idiota, y el hombre ha nacido con mejor destino.

Así, en el estado salvaje, no es posible encontrar al hombre de la civilización, porque se deshereda de sus mas nobles sentimientos, reasumidos en la ley de sociabilidad: desconocedor del derecho y del deber, con un pensamiento reducido á la mas espantosa negacion, este hombre no debe obedecer á otras leyes que á sus instintos pacíficos ó feroces; dominará por la fuerza, disputará á las fieras su presa cuando le acose el hambre; pero no será dueño de la tierra que pisa, porque la fuerza le despropiará cuando menos lo piense.

La familia humana no ha nacido para esa existencia nómada, para esa vida del instinto animal, diametralmente opuesta á la de sus facultades racionales; si así fuera pesaría sobre ella un estigma de cólera, no elevaria su frente al cielo en testimonio de que es digna de poseerle.

Solo entre los animales encontramos el ejemplo de la no sociedad, y aun la mayor parte de ellos nos ofrecen admirables fenómenos, que proclaman altamente las excelencias de la asociacion.

En sus luchas, en sus antipatías de géneros y especies, en esos dramas silenciosos que tienen lugar en las selvas, los vemos aprestarse para el ataque y para la defensa, reuniéndose en línea de batalla los seres de una misma familia para rechazar á otra; cierto que casi todos son polígamos, que concluida la necesidad apre-

mante de sus primeros días de existencia, se borra completamente de su cerebro el instinto maternal, esa previsión eterna que vela por la conservación de las especies, pero en el momento del peligro cesa el marasmo del instinto, y se agrupan para hacer frente al enemigo común.

El hombre es naturalmente social como es naturalmente religioso; la teoría de la sociedad no es más que una consecuencia exacta de la teoría de la familia, que es su elemento más simple.

La primera sociedad, elevándonos hasta el origen de los seres, la hallamos representada por el primer hombre y la primera mujer, reunidos en el Paraíso por un contrato hecho ante Dios; cuando tuvieron hijos, esta sociedad, dual en un principio, comenzó a ensancharse a medida que se multiplicaba la especie; desde esta época conocemos la primera reglamentación social bajo la forma del patriarcado y de la religión natural revelada por Dios. Pero a medida que la población del mundo se iba acrecentando, la organización social se revisó de nuevas formas, concluyendo por ofrecernos la de la monarquía: todas estas formas se encaminaron siempre a un mismo fin, a favorecer el desarrollo del progreso, formulando leyes para contener los excesos y demasías, para proteger a la familia, para sostener incólume el imperio del derecho, garantizando a la

propiedad de las usurpaciones y rapiñas de la fuerza.

De lo dicho se deduce que la ley de la sociabilidad es la mejor palanca del progreso, y que a ella debemos los beneficios de la civilización humana.

Por lo mismo, la misión de la moderna filosofía debe encaminarse a extirpar los errores que sobre la materia existen aun entre nosotros; debemos esforzarnos a borrar de la conciencia pública, no solo los odios de razas y castas, sino esas preocupaciones impías que dividen con tanta frecuencia a los hombres y a las familias.

La sociabilidad del linaje humano nos impone el deber de la fraternidad, deber que no ha nacido con el perfeccionamiento de nuestros códigos civiles, sino que va impresa en el corazón por uno de nuestros más delicados sentimientos, la caridad. ¡Ojalá llegue el día en que la civilización con su poder soberano borre de la frente de la raza el estigma de la esclavitud, y restablezca en su pristina dignidad a esos seiscientos mil millones de perlas que vejetan en cuatro partes del mundo!

Afortunadamente el progreso moderno va ensanchando cada día más la esfera de la fraternidad: cada una de nuestras conquistas científicas, es un nuevo elemento de sociabilidad que coopera a la unificación del linaje humano: el telégrafo y la locomotora estrechan los vínculos de los

pueblos y de las naciones: la política moderna, revestida de formas más tolerantes, economiza las guerras fratricidas: progresamos, y avanzamos por la senda del bien en el sentido recto de la palabra.

En nuestro número próximo trataremos sobre los derechos de asociación.

LEANDRO ÁNGEL HERRERO.

BRINDIS DE VICTOR HUGO.

En el banquete que los periodistas y editores han dado en Bélgica a Victor Hugo, este gigante de la prensa moderna ha pronunciado un brindis a la libertad de la prensa, que está siendo comentado por todos los periódicos extranjeros.

Este brindis ha debido producir un gran entusiasmo entre el público que le escuchó. Componiase éste, como ya hemos dicho, principalmente de periodistas. Habían asistido al banquete, redactores, de la *Opinion Nacional*, de la *Presse*, del *Temps*, de la *Revue de l'Instruction Publique*, del *Charivari*, del *Correo del Domingo*, del *Progres de Lyon*, de la *Revue de Normandie*, del *Theatre de la Independencia*, de *l'Éclaire*, del *Journal de Gand*, del *Progres*, del *Journal de Charleroi*, de la *Tribune*, del *Stad Geul*, del *Economist belge*, y representantes de un diario italiano, otro inglés y otro español, *Las Novedades* el señor Cuesta (don Nemésio). Los corazones de todos estos campeones de la idea debían sentirse profunda-

LOS AMORES DE UN PINTOR.

POEMA

D. Francisco P. Estrala.

(Continuación.) (1)

Si la curiosidad os hace penetrar en esta morada, compuesta de varias piezas altas, blancas y espaciosas, hallaréis que en ella reina la tranquilidad más enviable; observaréis en todas partes simetría particular unida a la sencillez.

Y en aquel mismo momento vereis á un joven de veinte y tres á veinte y cuatro años alto, pálido, delgado, severamente vestido de negro, y en cuyos grandes ojos sombreados de largas y sedosas pestañas, así como en su frente pálida y serena, revelábase la inteligencia y el fuego de la más lozana imaginación; su nariz era correcta, y su bigote es, caso raro, pero sedoso y brillante como sus largos cabellos, se retorcia ligeramente sobre las líneas de su boca fresca, pequeña y de labios encendidos, prestando á su semblante la más encantadora expresión; algún pensamiento risueño y dulce debía acariciarle en

aquel instante, porque merced á los reflejos trémulos y suaves de una bugla que llevaba en su mano blanca y levemente sonrosada, mientras adelantaba á paso lento por aquella estancia, como el algo le preocupara, pudo notarse que en sus labios vagaba la más encantadora sonrisa, dejando entrever dos hileros de dientes cuya blancura y esmalte pudiera competir con el nácar y la perla.

Eduardo atravesó con paso lento aquella estancia en cuyo centro se alzaba un caballete de madera blanca y en cuyas paredes se veían magníficos y delicados cuadros así como grandes bustos de yeso, tales como los de Velázquez, Murillo, Vanúick y Rafael: llegó á otra rodeada de estantes atestados de volúmenes y pasó luego á una más reducida y en la que no había otros muebles que algunas sillas de paja, una mesa de pino sin barnizar, un velon de hojaderana, y una jarra suspendida del techo, en la que dormía tranquilamente unruiseñor. Los primeros reflejos de la bugla cayeron sobre el semblante de una anciana que, á pesar de sus muchos años, conservaba rasgos y señales de la más extraordinaria belleza; sus cabellos blancos como el copo de la nieve, coronaban su frente veneranda, y su boca, su rostro, su nariz, hántan en perfides á los de Eduardo, parecía dilatarse al sentir los pasos del que se acercaba. Sus ojos... ¡ay! sus ojos nada veían y solo eran fuente de lágrimas para la pobre madre que en otro tiempo pudo

admirar á su hijo, único sostén de su ancianidad; y estasiarse al ver que la sorrea ó la miraba de esa manera dulce é inexplicable que arranca del corazón maternal una lágrima de ternura, un suspiro, en que sobe envuelto el perfume del más puro amor; un acento cariñoso, que lleva en sí los más deliciosos acordes de los sentimientos del alma. A su lado con las manos estendidas y su negro hocico apoyado sobre ellas dormía ó parecía dormir un magnífico perro de Terranova.

—¡Madre mía! dijo Eduardo inclinándose hasta besar la frente de la anciana.

—El perro, como si tuviese envidia de aque-lla caricia, se levantó sobre sus patas y sacudiendo su hermosa cola, vino á apoyarse en los hombros de Eduardo.

Eduardo lo acarició largo rato, y el perro, satisfecho ya, tendióse de nuevo á los pies de su amo.

—¡Wjo mio! me parece que hoy te has detenido más en el estudio. ¿Estás triste? ¿Te ocurre algo? Dímelo, dímelo, por Dios. ¿Te sientes malo?

No, mamá, no; es que me asomé á la ventana y esta noche no sé por qué me ha parecido la luna, el cielo, las montañas que se pierden en el horizonte, los campanarios de las iglesias, todo en fin, más poético, más hermoso que otros días; luego he visto... no sé cómo explicarme; pero lo cierto es que me

(1) Véase nuestro número 27.

mente conmovidos, al oír al intérprete, mas elocuente del sentimiento político en nuestra época, la defensa del principio en cuyas aras están sacrificando tantos años de su vida. Pero no solo allí había de producir efecto, sino que debía de hacerle; y lo ha hecho también en el público que no asista al banquete y que ha leído después el discurso del gran poeta. Véanle nuestros lectores:

« Señores: La emoción que me embarga, es inexplicable; sed, pues, indulgentes conmigo, si la palabra no responde al sentimiento.

Si tan solo debiera contestar en este día al digno burgomaestre de Bruselas, nada me sería mas fácil.

Restárame para ensalzar al magistrado tan generalmente querido, y á esta noble y hospitalaria ciudad, repetir lo que está en todos los labios, convirtiéndome en un eco; pero, ¿cómo responderé á las otras elocuentes y cariñosas palabras que se me han dirigido?

Al lado de editores importantes, á quienes se debe la fecunda idea de una librería internacional, especie de lazo preparatorio de la unión de los pueblos, veo aquí reunidos publicistas filósofos y eminentes escritores, honor de las letras y gloria del continente civilizado. Estoy confuso, me siento turbado al considerarme objeto de esta gran fiesta de la inteligencia, al ver que se me hace tanto honor á mi que no soy más que una conciencia que acepta el deber, un corazón que se resigna al sacrificio.

¿Cómo dar gracias á todos? ¿Cómo estrechar á la vez tantas manos amigas? Muy fácilmente. Vosotros, cuantos os hallais aquí,

corazón late y mi pensamiento...

—¿Qué hijo mío?

—Está anhelando que venga el día para trasladar al lienzo sus impresiones de esta noche.

—¡Oh! hijo de mi alma! y nada de eso puede ver tu pobre madre, dijo la anciana enjugándose una lágrima.

—Pero yo se lo explicaré á Vd., madre mía. Yo se lo explicaré á Vd. de tal modo que su imaginación se lo presente de relieve. Ahora bien, voy á dar mis lecciones; Leon queda con Vd.; de camino me pasará por casa del señor duque para cobrar el «Cuadro del Hambre» que hace cinco meses le vendí. Cosas de mundo, esos señores desconocen las privaciones y no saben que para mañana...

—¿Qué, hijo mío, qué?

—Que para mañana no tendremos pan que comer, iba á decir Eduardo, pero viendo la ansiedad de su madre, continuó con dulzura:—Nada, madre mía, que para mañana seríamos nosotros felices con esa insignificante suma.

—Eduardo, dijo su madre, si no es preciso no vayas á casa de S. E.; pues ya que ellos no tienen la amabilidad de pagar, tendremos nosotros la delicadeza de no pedir.

Eduardo se levantó, besó de nuevo á su madre y salió con el corazón angustiado.

Doña Consuelo inclinó la cabeza sobre el pecho y comenzó á orar en silencio.

escritores, periodistas, editores, impresores y filósofos, que representais. Todas las manifestaciones de la inteligencia, todas las formas de la publicidad. Vosotros sois el espíritu, la legión, el nuevo órgano de la moderna sociedad; vosotros sois, en fin, la prensa. ¡Brindo por la prensa! ¡Por la prensa de todos los pueblos! ¡Por la prensa libre! ¡Por la prensa fuerte, gloriosa y fecunda!

Señores: la prensa es luz del mundo moderno, y en toda lo que se le ha, algo preñada.

Señores: el pensamiento es mas que un derecho, es el aliado del hombre. Quien pone trabas al uno, atenta á la dignidad del otro. Bajo el punto de vista del derecho, hablar, escribir, imprimir y publicar, son cosas idénticas. Estas diversas acciones que consultan en sí una misma, son los círculos de la inteligencia en acción que se ensanchan necesariamente: son las ondas nacidas del pensamiento.

De todos estos círculos, de todas estas irradiaciones del espíritu humano, al mayor es la prensa. El diámetro de la prensa es el diámetro de la civilización.

A medida que la libertad de la prensa disminuye, disminuye la civilización. Dónde se la cohibe, puede decirse que está interrumpida la nutrición del género humano.

Señores: la misión de nuestra época es sustituir con otras nuevas las antiguas bases de la sociedad, cruzar el verdadero orden y colocarlas verdades en el puerto de las ficciones. En este colosal trabajo, encomendado á nuestro siglo, nada resiste á la pretita cuando

aplica su fuerza de tracción al militarismo, al absolutismo, á todas las ideas y los hechos mas retrógrados.

La prensa es un poder. ¿Por qué? Porque es la inteligencia.

La prensa es la trompeta viva que toca la Diana á los pueblos, anunciándoles el triunfo de la verdad.

No tiene en cuenta la noche sino para salvar la aurora; advierte el día próximo á nacer y se lo advierte al mundo, aunque cosa rara algunos veces ella es la novedad. Esto me hace el efecto de un habo repimiendo el canto del gallo.

Señores: en ciertos países la prensa se halla oprimida. ¿Pero es esclava? No. Prensa y esclava son términos inconciliables que forman una frase imposible.

Por lo demás, hay dos grandes maneras de ser esclavo: la de Espartaco y la de Epitacio. El uno rompe sus cadenas; el otro pone á prueba su espíritu. Cuando el escritor prudenado no pueda recurrir á la primera, todavía le resta la segunda.

No; hagan lo que quieran los tiranos, pango por testigos á todos los que me oyan, y esto vos lo habéis dicho en terminos admirables, Monsieur Puffetan, y como vos otros nil lo han demostrado en su generoso ejemplo, no hay esclavitud posible para el espíritu.

Señores: en el siglo XIX no hay restricción posible en la prensa. Naufragios, estravios, desastros; hé aquí lo que sin ella se encontraría á cada paso.

Hay ciertas cuestiones actuales que sobran cuestiones del siglo; y que están ante nosotros

VI.

Laura, seis meses después, se sea como la hemos descrito, al principio de nuestra historia, se hallaba en las habitaciones que su tia le cediera; pero en ellas no se encontraban alfombras, ni sillones, ni espejos, sino un lecho blanco y limpio, á cuya cabecera se veía un crucifijo de bronce, y en el ángulo opuesto un piano, algunas sillas y una butaca de gutta-percha; las colgaduras habían sido reemplazadas por cortinillas de muselina, y el papel rameado de sus paredes por otro de un igual blancura que prestaba á aquella estancia el aspecto de una celda, pero de una celda alegre y tranquila; un canario encerrado en su jaula de alambre gorgeaba armoniosamente de cuando en cuando, y el coñac embalsamaba la estancia con el delicioso perfume de los clavos, nardos y tulipanes que nacen de algunas macetas simétricamente colocadas en el balcon.

Laura había conseguido captarse la voluntad de su tia, merced á esto, que se le quitaran aquellos muebles magníficos; y con sus flores, sus pájaros, en aquella estancia mas blanca que el armiño, mas pura que el ambiente que lo perfumaba; se conceptó feliz en medio de su tristeza y su desconsuelo, tranquila como una paloma en su nido. Ni una tarde ó una mañana había trascendido en que Laura no fuese al cementerio donde reposaban las cenizas de su madre, y llorado en su tam-

ba, y suspirado al pié de los sacros que inclinaban su ramaje sobre las estatuas de mármol que coronaban los sepulcros. Después se depositaba en aquella un ramo de flores que ella misma había cortado de los jardines de su tía, y oprimido contra su pecho, y entibiado con su aliento, y salpicado con sus lágrimas que como gotas de rocío aparecían sobre sus ojos; cruzaba paso lento aquellas solitarias calles de árboles donde el canto de los pájaros se hace mas triste, y mas lúgubre el ruido de las hojas al desprenderse de sus copas, y tornaba á su casa con el corazón mas tranquilo. Apenas saludaba á su tia, corría á su solitaria habitación, y levantando una punta de las blancas cortinillas, se extasiaba mirando al sotabanco, á través de cuyas ventanas se veía mas de una vez la hermosa cabeza de Eduardo.

Así continuaba horas y horas viendo sin ser visto, y ya una lágrima se desprendía de sus hermosísimos ojos, ya vagaba en sus labios la mas dulce sonrisa, como si se almas se viese acariciada por un sueño ó una esperanza, ya apoyando la mejilla en su mano y el brazo en la otra que cruzaba sobre el pecho, parecía meditar, abstraerse, embriagarse en el recuerdo de sus ilusiones de ayer, y de sus amarguras de hoy.

—Me mira como yo á él, sonrío como yo, sufro como yo, porque mi alma penetra en la suya y la comprende. Y sin embargo, nunca

por resolver. No hay término medio; es preciso estrellarse contra ellas ó buscar un refugio en su seno. La sociedad navega irresistiblemente con este rumbo. Estas cuestiones sirven de asunto á un libro de que acaba de hablarse con gran elocuencia. Pauperismo, parasitismo, producción y repartición de la riqueza, sistema monetario, crédito, trabajo, estinción del proletariado, disminución progresiva de la penalidad, miseria, prostitución, derechos de la mujer que sacan de la minoría á la mitad de la especie humana, derechos del niño que exigen (sí, señores, *exijen*) la enseñanza gratuita y obligatoria, derechos del alma que implican la libertad religiosa; tales son los problemas. Con la prensa libre se esclarecen, son practicables, se ven sus precipicios, se ven sus soluciones, pueden abordarse y se puede penetrar en ellos. Abordados y penetrados, es decir, resueltos, salvarán al mundo. Sin la prensa, noche profunda; todos estos problemas se hacen al punto terribles, no se distingue mas que sus asperezas, no se puede acertar con la entrada, y la sociedad está á pique de naufragar. Apagad el faro y el puerto se convierte en escollo.

Señores: con la prensa libre no hay error, no hay vacilación posible en la marcha de la humanidad.

En medio de los problemas sociales la prensa es el dedo indicador.

Nada de incertidumbre. Caminad hacia la perfección, la verdad y la justicia: porque no ha de marchar, sino que es preciso marchar hacia adelante. ¿A dónde vais? esta es la cues-

tion. Simular el movimiento, no es realizar el progreso; marchar al paso sin avanzar, es bueno para la obediencia pasiva. Agitarse sin resultado en la senda trazada, es un movimiento maquinal indigno del género humano.

Tengamos un objeto, sepamos á dónde se vá, equilibremos el esfuerzo al resultado que cada uno de nuestros pasos lleve una idea, que estos pasos se encadenen lógicamente entre sí, que tras la idea venga la solución y después del derecho la victoria. Ni un solo paso atrás. La indecisión del movimiento anuncia el vacío del cerebro. Querer y no querer. ¡Hay nada mas triste y miserable! El que duda y retrocede ó permanece inmóvil, no piensa. Por mi parte, puedo decir, que no admito la política sin cabeza, como no creo en Italia sin Roma.

Supuesto que he pronunciado esta palabra, Roma, permitid que me interrumpa, y que mi pensamiento se vuelva un instante á ese valiente que yace lejos de nosotros en el lecho del dolor. Tiene razón para sonreír. La gloria y el derecho están con él. Lo que confunde, lo que anonada es que se hayan encontrado en Italia, en la ilustre Italia, hombres capaces de esgrimir su espada contra tan grande virtud. ¡Qué! esos hijos de Italia, no han reconocido en él un romano?

¡Y esos hombres se llaman los hombres de Italia, y dicen que han conseguido un triunfo cuando ésta es decapitada! ¡Ah! Este es un sombrío episodio, y la historia retrocederá indignada ante este triste y repugnante triunfo que consiste en matar á Garibaldi para no tener á Roma.

—¿Y por qué?

—Porque no puedo engañar á nadie.

—Pues yo he dispuesto que te cases con él, y te casarás.

—¡Oh! nunca, dijo Laura desobedeciendo por primera vez los mandatos de su tía.

En seguida se retiró á su habitación.

Edoardo estaba en su estudio.

Al sentir el ruido de los balcones que se abrían, volvió la cabeza y se colocó en la ventana.

Amar sin esperanza! qué martirio tan terrible! ¿Porqué no ha hecho Dios que todas las cosas sean iguales para el amor?... Entonces yo me arrojaría á sus pies y le ofrecería mi corazón y mi vida porque la amo con delirio. Verdad que ella mira con dulzura, sonríe con amabilidad y parece mas pálida... Verdad también que su cuarto, sus vestidos, sus acciones mismas disienten del lujo extraordinario de su tía, y acaso... pero no, no, ella no puede amarme... yo soy un pobre pintor... un mal retratista, y sin embargo, yo no puedo vivir así.

En seguida, como si un presentimiento vago, terrible, misterioso se posase en su corazón, sus ojos se apartaron de Laura, para fijarse en la puerta, donde se detuvo un carruaje cuya portezuela se abrió dando paso á un hombre elegantemente vestido.

Doña Genoveva llamó á su sobrina.

Laura se retiró del balcon dirigiendo al

Señores: ¿Cuál es el auxiliar del patriota? La prensa. ¿Cuál es el espantajo del cobarde y del traidor? La prensa.

Sé que la prensa es aborrecida y este es un motivo para amarla.

Todas las iniquidades, todas las persecuciones, todos los fanatismos la denuncian, la calumnian, la insultan y la injurian como pueden. Recuerdo algunas palabras de una célebre enciclica; en ella un Papa contemporáneo, Gregorio XVI, enemigo de su siglo; lo que suele ser achaque de los Papas, y teniendo siempre presente el antiguo dragon y la bestia del Apocalipsis, calificaba así la prensa: *Gula innea, coalig, impetus immanis cum strepitu horrendo*. No niega nada de esto, el retrato es parecido; boca de fuego, humo, rapidez prodigiosa y santa locomotora del progreso.

¿A dónde vá? ¿Dónde conduce á la civilización? ¿Dónde lleva á los pueblos ese poderoso remolcador? El túnel es largo, oscuro y terrible. Todavía puede decirse que la humanidad está bajo tierra, porque la materia la envuelve y la ahoga, y las supersticiones, los errores y las tiranías forman una pesada bóveda; porque está entre tinieblas desde que el hombre existe; la historia entera es subterránea, por ninguna parte se ve el rayo divino.

Pero en el siglo XIX, después de la revolución francesa, nace la esperanza y se descubre la verdad. Allí delante de nosotros aparece un punto luminoso. Se agranda, aumenta á cada instante; es el porvenir, es la realización, es el fin de la miseria, es la aurora de la alegría, es Canaan, es la tierra de promisión

jóven una dulcísima mirada en que parecía decirle: yo te amo, solo en tí tengo confianza, y ahora temo mas que nunca una desgracia horrible!

Edoardo permaneció asomado. Á los pocos instantes vió que dos hombres saltaron del carruaje y subieron á la misma casa, mientras otro se paseaba disimuladamente por la acera.

Así esperó media hora.

Pasada ésta, como el arrancado del alma de un moribundo, como la voz del naufrago en los mares, un grito vibrante, rápido, espantoso, hirió sus oídos.

—¡Es ella! murmuró cerrando la ventana y corriendo precipitadamente á la calle.

Los caballos partieron á galope y el que se paseaba había desaparecido.

—¿Qué haré, Dios mio, qué haré! dijo golpeándose la frente. Ah, yo me subiré á la zaga y los seguiré donde vayan y la salvaré la vida.

Parecía que algun ángel le anunciaba lo que acababa de suceder en casa de doña Genoveva. Al bajarse del carruaje aquel hombre (era el baron), volvióse hacia la ventanilla diciendo: si dentro de treinta minutos no he vuelto, subid, la puerta estará franca y podéis cumplir lo prometido, en seguida trepó las escaleras y entró en el gabinete de la supuesta marquesa.

ha salido una frasa de sus labios... ¡oh! yo te amo, tu presencia, tu recuerdo es el único que puede llenar el inmenso vacío de mi corazón; pero, ¡ay! tal vez no me ames, ni hayas pensado en mí: Dios mio, Dios mio! ¿Por qué nos han privado los hombres hasta del derecho de manifestar nuestras afecciones?

Pensando así, Laura recibió recado de que su tía la esperaba para salir en carruaje.

—¿Cuanto mas dichosa sería á su lado, viviendo y viada, que no entre esa multitud necia que se habla de los sentimientos y de las penas! ¿Y quién pondrá esta tarde las flores sobre la tumba de mi madre? ¡Pobre madre mía!

—Poco despues Laura estaba en el Prado donde hemos visto acercarse el baron de...

Doña Genoveva estaba de enhorabuena.

Pronto tendria un sobrino que le aumentase sus galas y le pagase sus atavíos: estos no era mucho; el alquiler de la casa, del carruaje, del mueble, y el gasto de trages, alhajas y manutención...

—Sobrina mía, es preciso que seas mas amable, dijole luego que volvieron á casa.

—Tía, perdone Ud., pero yo soy incapaz de expresar lo que me siente mi corazón; y ser amable con Enrique, sería hacer traición á mis sentimientos.

—¿El te ama!

—Pero yo á él no.

donde no habrá mas que hermanos. ¡Animo, santa locomotora! ¡Animo, pensamiento! ¡Animo, ciencia! ¡Animo, filosofía! ¡Animo, prensa! ¡Animo, espíritu! Se acerca la hora en que la humanidad, fuera de ese lóbrego túnel de seis mil años, se deslombrará á mirar cara á cara el sol de la idea.

Señores: una palabra mas, y permitidme con vuestra cordial indulgencia que sea relativa á mi persona.

Es una dicha estar entre vosotros y doy gracias á Dios que ha dado esta hora de placer á mi triste vida. Mañana volveré á entrar en mi oscuridad, pero os he visto, os he hablado, he oído vuestra voz, he estrechado vuestras manos y llevo á mi soledad este recuerdo.

Mis amigos de Francia y los demás amigos míos que están aquí, hallarán natu al que sea á vosotros á quienes yo dirijo mis últimas palabras. Once años há que me visteis partir casi jóven; hoy me volveis á ver hecho un viejo. Los cabellos han cambiado, pero no el corazón. Os doy gracias por haberos acordado de un ausente; os doy gracias por haber venido; acoged, y vosotros tambien, (los mas jóvenes cuyos nombres me eran queridos desde lejos, y á quienes veo aquí por primera vez), acoged las señales de mi profundo enternecimiento. Me parece que respiro entre vosotros el aire natal; me parece que cada uno de vosotros me trae un poco de Francia; me parece que veo salir de todas vuestras almas, agrupadas en torno mio, algo de encantador y de augusto, que se asemeja á una luz, y que es la sonrisa de la patria.

Hablando en secreto y acto seguido, doña Geneveva llamó á Laura.

Laura apareció en la estancia y su buena tia desapareció como por encanto.

El baron se mostró fino, galante, obsequioso hasta la exageracion, tratando de seducirla por todos los medios imaginables, pero Laura cruzada de brazos en medio del gabinete, permaneció impassible y silenciosa.

Enrique se levantó dirigiéndose hácia ella, y arrojóse á sus piés como si en el corazón de algunas personas pudiese existir el elevado sentimiento del amor.

Entonces Laura se hizo atrás y llamó á su tia.

Enrique miró el reloj y se puso mas pálido que un difunto.

—No se moleste Vd., Laura, ni se inquiete; su tia de Vd. no vendrá en su auxilio porque está en mi poder y Vd....

Al decir esto, dos hombres avanzaron del fondo del gabinete y se apoderaron de Laura exhaló un grito de muerte, cayendo desvanecida sobre el pavimento.

—¿No perdamos tiempo, dijo el baron.

Y media hora despues, un carruaje se deslizaba rápidamente sobre la carretera de Francia á poca distancia de Chamberí.

El rayo de la luna penetró á través de sus ventanillas, dejando ver los pálidos semblantes de Laura y Enrique, y cuya palidez reve-

¡Brindo por la prensa, por su poder, por su gloria, por su eficacia! ¡Brindo por su libertad en Bélgica, en Alemania, en Suiza, en Italia, en España, en Inglaterra y en América! ¡Brindo por su redención en los demás pueblos.

LITERATURA.

POESIAS.

LA VIRGEN DEL HENAR.

Á LA SEÑORITA DOÑA ELOISA VELAZQUEZ.

I.

Hay en España un lugar
y en el lugar una ermita,
y en la ermita hay un altar
y en él la imagen bendita
de la Virgen del Henar.

Hay una fuente en que es fama
que la virgen se mostró
y al pastorcillo curó:
fuente del Cirio se llama,
y encendido le vi yo.

Hay tambien una fé ciega
y una grande devocion
que la virgen nada niega,
y pronuncia el que allí llega
con fé santa su oracion.

laba en aquella la desesperacion y la agonía, en este, el miedo, el remordimiento y el deseo.

—¡Ya es tiempo! ch. sí dijo un hombre que se encontraba en la zaga como si temiese ser visto—pero que haré? ellos son cuatro ¡si á costa de mi vida pudiese salvar su honra...! —Veremos.

A penas hubo reflexionado un momento, saltó con la ligereza del gamo de la zaga al camino, del camino al estribo, y de este al pescante sin dar treguas al cochero para que se apercibiese de lo que ocurría. Comprendió que no había tiempo que perder, y como viese que aquel alarmado ya, se disponía á la defensa, se lanzó á él con la fuerza de un tigre que ansia devorar su presa, y agarrándole con sus dos manos por las piernas y por el cuello, le bamboleó en el aire como á un niño; en la mano del auriga y á la altura de la cabeza de Eduardo, brilló la reluciente hoja de una navaja; entonces este alzó su diestra con extraordinaria rapidez, mientras que de un terrible puñetazo en medio del pecho le hacia caer al camino, la arrancó el arma homicida, guardándola en el bolsillo de su levita.

Derribarlo, sentarse en el pescante, coger riendas y partir á toda carrera los caballos, fué obra de un momento.

—¿Qué ocurre, cochero? ¿qué ocurre? preguntó el baron que á penas había tenido tiem-

II.

Corre el pueblo alborotado,
cruza, viene, vuelve, va,
grita y baila alborozado
que la fiesta empieza ya.

Y mil hogueras le encienden
suena dulzaina y tambor,
saltan, ríen, compran, venden
con un ruido atronador.

Cien personas errantes
que se cruzan en tropel
y que forman discordante
una monstruosa Babel.

III.

Los pastores
y zagalas
con refajos
de color,
bailan, lucen
ricas galas
de contraste
encantador.

Y al saltar
con tal anhelo
en carrera
desigual,
ya no hay mundo,
solo un cielo
y una dicha
sin igual.

Y olvidando

po de reparar en lo ocurrido con lo preocupado que iba.

—Nada, señor, respondió Eduardo chasqueando la fusta; un hombre ha querido detenernos, tomándose la vez en el pescante; pero le ha salido carilla la chuzca, porque desde aquí ha ido al suelo y ya estará con los difuntos.

—Mo alegre.

—Y yo, respondió Eduardo con acento de ira. Y crogió nuevamente la fusta sobre el lomo de los caballos, que corrieron, rugieron, saltaron, volaron, se perdieron bajo los revueltos remolinos de polvo que brillando, oscilando, rodando y resplandeciendo á los rayos de la luna y al empuje del aire se estendian sobre aquel fantástico grupo y le rodeaban y envolvian como una gasa de oro.

Eduardo entonó con voz dulce y melancólica aquella cancion con que había logrado alcanzar la primera mirada de los ojos de Laura.

—Es él, pensó Laura irguiéndose poco á poco en su asiento y aproximando el codo á la ventanilla para escucharle mejor.

—¿Qué cochero tan particular! murmuraba el baron.

—¡Ya es tiempo! dijo Eduardo interrumpiéndose.

Y á pocos pasos de un árbol corpulento que se mecía al pié de un ribazo cubierto de yerba, detuvo el carruaje.

(Se continuará).

su trabajo

y sus horas

de sufrir,

gozan, rien

a destajo

sin mirar

al porvenir.

Por eso yo, que cruzo sin fé ni amor, errante

la tierra donde habito buscando una emoción,

me helo ver al pueblo gozoso, ignorante

ansio su fé pura, esa aura refrescante

con que á vivir volviera mi muerto corazón.

ENRIQUE CATALANOS, QUANTANA.

EL CONDE FULBERTO ANAYA.

LEYENDA TRADICIONAL DEL SIGLO XVI.

(Continuacion).

—Pues bien... te queda el camino del arrepentimiento y vengo á prodigarte el consuelo inefable de la religion.

—Miserable.—Le gritó Fulberto—¿cómo os atrevéis á profanar tan santo nombre; cómo respetais la hora sagrada del que va á morir, olvidado de la tiránica injusticia de la tierra, y venis á retraerle de la contemplacion hacia el cielo; cómo vertéis el sarcasmo sobre la violencia pisoteada; cómo me prometéis consuelo en mi agonía, cuando me está envenenando vuestra sola presencia?

—Calmate, hijo mio... oye la voz sabia del consejo, escucha...

—Huid, dejadme solo; si á precio de vuestra palabra he de ganar mi salvacion, prefiero condenarme.—huid, que me parece ver en vuestro contraido semblante.... Fulberto no prosiguó.

—¿Lo quieres? morirás desesperado como los precitos infernales.

—Moriré con la fé inalterable del justo en esta mansion del delito, en donde el crimen se viste con el manto de la religion, en donde esta se hace una ofensa inaudita con el falso pretexto de esclavizarla, en donde la venganza encuentra una máscara sagrada; en donde... pero ¿qué mas? ¡Este es el tribunal santo! ¿Quién cuida de las almas extraviadas? ¡iradme sereno y tranquilo.

El fraile le volvió la espalda, y desapareció.

Fulberto se revolcó en el suelo, óhio de oraje y desesperacion.

Luego cual si un rocío divino descendiera refrescarse su encendida frente, y apagar el tison de ideas que le devoraban, se serenó penitentemente.

Elevó sus ojos al cielo, y le pareció descubrirle por entre el negro techo del calabozo abierto para recibirle.

Entonces exclamó conmovido de júbilo y alegría sobre humana.

—Allí está mi destino... pronto el Juez Supremo coronara mi frente de mártir.

Dejemos á Fulberto, esperando la muerte, para volar á las gloriosas mansiones de la vida; y veamos á Catalina al saber la prision de su marido.

Enterada del suceso, quedó aterrada.

Aquel pobre mártir iba por fin á inmolarse en aras de su ídolo... por ella que habia sido la causa de su desgracia, por ella que ya se sentia arrastrada hacia él por esa fascinacion que despierta lo sublime en el corazón humano; por ella que le amaba con ese amor puro que está reservado á los ángeles, y los seres desgraciados se prometen en el mundo para cuando se encuentren en el cielo.

En el primer momento Catalina rendida por el dolor, no pudo pensar en nada.

Luego se reanimó y quiso salvarle.

Se avistó al momento con Luis Quijada, para ver de avisar á Carlos V.

Ya era tarde.

La sentencia estaba dada, y el tribunal aceleraria la ejecucion, por evitar que fuera indultado el reo.

De todos modos Catalina se decidió á escribir á Carlos V pintándole el estado desgraciado de Fulberto y el término afrentoso que iba á tener el sacrificio que le impuso un día, si no acudia pronto á salvarlo del peligro.

Luis Quijada no quiso desde aquel instante abandonar á Catalina.

Esta por si Fulberto era llevado al cadalso antes de que le alcanzara el indulto real, quiso darle el último adios en su prision.

Luis Quijada la acompañó.

Llevaronse con ellos un sacerdote, el confesor de Catalina, por si era necesario para el alivio espiritual de Fulberto.

XIV.

El fraile habia dejado á Fulberto sepultado en su lóbrego calabozo de eternas tinieblas.

Subió la escalera por donde habia descendido, y ya casi se hallaba en el exterior, cuando sintió cerca de si el ligero ruido de los vestidos de una mujer.

Paróse á escuchar atentamente, y en breve una entutada apatoció delante de él.

A su lado estaba uno de los carceleros señalados para su guia.

El fraile creyendo mirar ante si al ser que debia arrojar el bálsamo de la consolacion sobre las vivas heridas de Fulberto, exclamó con aspereza:

—Atrás, señora.

—Dejadme pasar, le contestó la entutada con energia.

—¿A quién buscáis?

—Al conde de Cremona.

—Ese hombre solo pertenece ya á Dios en el alma, y en el cuerpo al verdugo... le está vedada toda comunicacion.

Des honrosas se les acercaron mientras

tantos eran Luis Quijada, y un sacerdote.

El fraile reconoció al primero y le hizo un humillante saludo como á uno de los primeros favoritos del rey.

—Dejad paso á esta señora... tiene permiso de S. M. para ver á su marido.

—¡Oh! yo nada sabia... perdonad, señora... ¡míjeher... pero ahora podeis pasar?

Fulberto ya habia concedido su voz, y forcejeaba impaciente por romper la cadena que impedia llegar hasta ella.

—¡Oh! Catalina, ¿es ella?—gritaba fuera de si—dejadla entrar... dejadla por piedad, es un ángel que baja á endulzar mis dolores... ¡Oh! que la vea... que ella me dé el último adios... y matadme... quemadme despues... cuanto quieran... todo me será grato.

Catalina se adelantó hacia su marido.

Luis Quijada y el sacerdote iban á presenciar desde la puerta esta sublime escena.

Ella le tendió los brazos, y se arrojó hacia él como el naufrago salvado de las olas de la desgracia por un generoso corazon que ya á perecer sumergido en ellas.

Fulberto la oprimió entre los suyos.

En aquel abrazo puro, podia leerse todo un poema de amor.

Cuanto sintieron no puede explicarse; se remontaron á unas regiones de felicidad, que solo los querubes pueden recorrer, porque solo estos seres celestes aman como aquellos desgraciados, que al darse el último adios en la tierra, principiaban á embriagarse en espíritu en las voluptuosidades del cielo.

Despues pararon el vuelo del sentimiento, y descendieron á la tierra.

El cuadro desgarrador que aparecia ante ellos, les robó la vida, les dejó inmóviles como dos estatuas de mármol. Catalina contempló á su marido, recostado lánguidamente, pero con resignacion, en una erizada piedra de granito, pálido y demacrado por los agudos dolores de su alma, y los que debian producirle las heridas abiertas á los pies de Carlos V.

¡Oh! contemplando encerrado en una horrosa caverna, cubierto de heridas, perdida su libertad condenado á no ver la luz benéfica del sol hasta dirigirse al suplicio, y todo por una noble y generosa accion... á todo por ella, paralizó y petrificó la sangre que corria por las venas de Catalina.

En cuanto á Fulberto, que tambien habia sido presa de un vértigo cruel... bastaba para robarle la existencia el mirar á Catalina, verter lágrimas de gratitud, de amor... el mirarla entutada, brillar su hermosa por entre las negras locas como la luna en el centro del cielo oscurecido, deliró primero arrancar el último y furioso deseo á la matosa y despues de rendirle á la desesperacion de su impotencia... ó quizá el de un autor eterno, que principiaba para él.

«Cuando volvíeron en sí de su arrobamiento, Fulberto tomó la mano de Catalina, llevóla á su corazón, y luego á sus labios, imprimiéndole en ella el beso más apasionado que jamás haya dado un amante.

—¡Ah! señora... todos mis deseos se han cumplido... al llevar vuestra mano á mi corazón, habreis sentido en medio de mi agonia todo el amor; toda la vida del universo encerrada en él; al llevarla á mis labios he vertido sobre ella toda mi pasión, ¿la recibís?

—¡Oh! sí, sí...

—Gracias... Dios es justo!

Catalina vertió lágrimas abundantes sobre la frente de su marido, y estas las depositaba en la fuente de su corazón como un rocío divino.

—Llorais, señora, llorais? Vuestras lágrimas caen sobre mi frente como una lluvia de bendiciones... dejadme que yo derrame también... pero de placer, de regocijo.

—¡Ah el mío es de amargura, de arrebatamiento... Sois el mártir inmolado en aras de mi criminal pasión... permitid que una pobre mujer se postre para regar vuestras plantas con el llanto de su dolor!

—Callad, ¿no habeis dicho que me amais? solo mi sacrificio ha podido ganarme vuestro amor, vuestra gratitud... yo le bendigo una y mil veces!

—Pero vais á morir, dijo Catalina desolada, vais á morir por mí, soy quien os mata, y no puedo salvaros... quien os mata.

—¿Y qué me importa morir? contestó Fulberto sonriendo.

—¡Ah, jamás podré perdonarme el haber os entregado al verdugo...

El sacerdote creyó prudente terminar aquella escena, y se acercó diciéndola:

—Basta ya, ahora es preciso acordarse de Dios, del próximo destino del alma.

Reizó un momento de silencio solemne.

Catalina le interrumpió, alzándose radiante y magestuosa... su frente y sus labios vertían sorpresa de pureza.

—Dejadnos otro instante para repetirnos otra vez: Un amor sublime principia para nosotros en donde acaba la vida.

El sacerdote hizo una señal de aprobación.

—Escuchadme, dijo Catalina elevando sus ojos al cielo... allí es donde debemos amarnos.

El amor de la tierra, esposo querido, es una flor manchada con el cieno de su jaurmudicia, el amor del cielo es eterno, santo, purísimo, es la flor cuyo aroma nunca se agota, es la felicidad perpétua, que funda nuestras almas para compartir los dones del paraíso. Fulberto, partió tranquilo á la mansion celestial, que allí me recibiré á vos... ¿no esperarais que sea pronto?

(Se continuará.)

Gregorio Hernandez.

CRÓNICA NACIONAL.

REVISTA DE MADRID.

Hace ya algun tiempo que por el maldita alar de intrusarios en el anchuroso campo de la política extranjera, nos hemos olvidado casi completamente de Madrid; hoy volvemos á ocuparnos de las cosas que ocurren en la villa, que en honor de la verdad, proporcionan buenos ratos de solaz á los madrileños. Llamán, en primer lugar la atención, las viejas y clásicas ferias.

Las ferias, esa institución que tanta influencia ejercía durante la edad media, ese gran medio social que mantuvo por sí solo el comercio durante muchos siglos, han perdido hoy día lo menos las cuatro quintas partes de su importancia. La animación y el bullicio que las caracterizaba ha casi completamente desaparecido; las fiestas, los torneos, los amores galantes, todo esto se ha disipado como el humo, y de aquellos nobles y valientes caballeros, de aquellas hermosas y gentiles damas, de aquellos ricos comerciantes que á las famosas ferias concurrían, no queda ya nada, absolutamente nada; nos equivocamos, queda el aspero y discordante sonido de las infinitas trompetillas con que los niños regalan los paternales y pacientes oídos.

Las ferias, como tantas otras instituciones, han sido enterradas por el polvo de los siglos; en vano se quiere reanimar la institución y acomodarla á la moderna vida; las ferias no pueden vivir en nuestro siglo, la economía política ha lanzado su anatema sobre ellas; y el gobierno, secundando las severas intenciones de los sesudos economistas, las ha relegado al paseo de Atocha. Dentro de poco no quedará de ellas mas que el nombre de lo que fueron. ¡Que les sea la civilización ligera!

No obstante, todavía como punto de reunión de la clase mas poética de la humanidad, del pueblo, del vulgo, que allí como en todas partes se presenta con su caracter poético y sencillo, que allí como en todas partes manifiesta su alma pura á todo el que se toma la molestia de quererle estudiar, proporcionan las ferias agradables pasatiempos. La acción compleja y variada de tanta individualidad, de tan distintas tendencias, de tan diferentes ideales, producen uno de esos cuadros que ya se van haciendo raros en la vida social,

pero en donde el espíritu encuentra siempre placer.

Este año las ferias presentan un aspecto mas animado que el anterior. Los puestos en donde se dan casi de valde los objetos de comercio, se han multiplicado extraordinariamente; no ha habido feriante que no haya querido rebajar lo menos la mitad de su precio en beneficio de ese ente moral, tan halagado y tan engañado á la vez que se llama público, y todos se han esmerado á porfía en aumentar el mérito de los objetos. Entre todos, sin embargo, se han distinguido, como se distinguen siempre por su generosidad los libreros.

Allí ha habido y aun continúa existiendo quien venda libros á real el tomo, y se han hecho algunas operaciones en grande escala. Nosotros hemos visto vender la grande obra de Buffon en 52 reales, y tenía cincuenta y cinco tomos! ¿Qué diría el buen conde de los encajes si viera su nombre vendido á precio de papel viejo?

No tendría, sin embargo, derecho á quejarse: Cervantes, Dumas, Sue, Hugo, Paul de Kook y muchos otros han cambiado de dueño mediante igual retribución. ¡Pobres hombres de letras, ni aun muriendo de hambre pueden conseguir que sus obras valgan dinero!

Las ferias, sin embargo, no siendo, como no son, otra cosa que recuerdos de una edad del mundo, no ofrecen á pocas interés bajo el punto de vista comercial; destinadas á recordar una especie de fiesta social, no son sino simulácos de lo que fueron: allí no hay ya capitalistas, que son los únicos seres reales del mundo, ni mercaderes avarientos; allí no se habla de negocios, ni tienen cabida los sentimientos graves, únicamente domina la idea mas bella que concibe el espíritu, la idea social en su manifestación mas pura: y desde el niño que llorosa al amigo de la casa para que sirva de medio entre su corazón y el belsillo paterno, desde el imberbe pollo que se oculta detrás de un toruado militar y desde su escondite saborea con delicia en su corazón la tierna sonrisa que le dirigiera su amada, hasta el grave y tierno papá y el estirado elegante, todos sienten una emoción dulce y placentera, todos sonríen con bondad y alegría. Las ferias al desaparecer llevarán consigo las bendiciones de la humanidad.

Las infinitas escenas siempre variadas, siempre tiernas y siempre agradables, los episodios que en las ferias se

ofrecen darian lugar á muchos artículos de costumbres, si nosotros tuviéramos habilidad para retratarlos: Aquel sitio es uno de los mas estensos campos en donde se manifiesta la vida social. Todas las clases, todas las edades, todos los sentimientos, y hasta muchos vicios son los motores de la actividad humana. Pero siempre las manifestaciones son las mas puras, las mas bellas del espíritu.

Allí es fácil encontrar á cada paso la fisonomía picaresca y ordinaria de la polla dominguera, que en compañía de mamá ha ido á visitar, según costumbre, las ferias, y que reprende con voz ligeramente irritada al insaciable hermano, que ya casi completamente vestido de militar continúa sin embargo sus peticiones, mientras que de reojo mira al imberbe estudiante que de cerca le sigue; allí el padre cariñoso rodeado de sus cuatro retoños emplea su dinero en juguetes que reparte con la mayor equidad posible; el adepto á Baco se recrea en la contemplación de vagas ilusiones que pasan rápidamente ante su vista; la modistuela ríe como una loca porque es condición de su vida el reír siempre; el elegante adoptivo luce en aquel campo su gentileza y donosura, y todos se mueven, y todos ríen, y todos se divierten: allí es por un momento dichosa la humanidad.

Y las mamás, las eternas é inoportunas mamás, que ahuyentan los amores del mas tierno corazón, ejercen allí todavía su papel deslizando de tiempo en tiempo palabras duras y severas en los oídos de las pollas que las hacen ruborizar y llevar el blanco pañuelo á los ojos para recoger las hermosas perlas por las que mas de uno daría un tesoro si le tuviera; el primogénito, el mas ambicioso y el mas querido de los hijos, turba de cuando en cuando con sus inmoderadas pretensiones la dicha paterna y promueve coaliciones entre los hermanos pequeños, y los agentes de policía enemigos pagados del mas alegre y bullicioso de los dioses, turban de vez en cuando la alegría general con tal cual prision.

Y en medio de esto los cacos ejercen allí tambien su oficio, pero allí su oficio está muy reducido; los pañuelos hacen el gasto por lo regular, alguna que otra vez los bastones son objeto de sus caricias, y solo de tiempo en tiempo *circula* alguno que otro reloj. Cada cual va á las ferias á satisfacer una necesidad de su vida, á divertirse á su modo, y cada uno la encuentra buena ó mala según su carácter. Tam-

bien el revisero va á la feria, pero él allí no tiene significacion alguna; él está obligado á observar siempre para escribir un día.

SERAFIN ALVAREZ PENAL.

Tenemos que comunicar á nuestros lectores una triste noticia. Fernando Ossorio, el distinguido, noble y generoso artista, el que prometía tanta gloria á la escena española, el jóven actor que en tan poco tiempo habia logrado hacerse admirar en todos los teatros de España, y colocar su nombre junto al de nuestros mas eminentes actores, ha fallecido víctima de la dolorosa enfermedad que hacia tiempo le tenia postrado.

Su nombre es hoy tristemente repetido por sus admiradores que veían en él una de las esperanzas del teatro español, y por su desconsolada familia que tenia en él el mas cariñoso allegado.

¡Que su nombre repetido y conservado religiosamente en el corazón de los amantes del arte, sirva de estrella luminosa á los que á la escena se dediquen!

Nosotros, por nuestra parte, lloramos tristemente sobre la tumba del amigo querido que en otro tiempo nos alentaba generosamente para seguir nuestra espionosa carrera.

VARIETADES.

Dinero.—El capital por excelencia, el que facilita y apoya todas las empresas, siendo un medio de cambio para obtener cuanto necesita el hombre en todas las situaciones de la vida, es el dinero, el cual puede adquirirse decorosamente por varios medios que, aunque numerosos, todos se reducen al trabajo; pues si es cierto que vemos á hombres ricos en la ociosidad, sus rentas son debidas á un capital que han formado ya ellos ó sus antecesores, trabajando con ardor.

El obrero podrá aumentar su capital pecuniario, esforzando hasta donde le sea dable su trabajo para obtener economías, y depositando estas en cualquiera de los establecimientos, que existen con el nombre de *Caja de Ahorros*, los cuales se encargan de hacerlas fructificar. De otra manera, hay mil causas para que se mengüe, y aun disipe en poco tiempo, un dinero adquirido á costa de inmensas fatigas y privaciones; como son las enfermedades y los achaques que están sueltos dejar, la falta de trabajo, el juego, que algunos consideran sin razon como buen medio lucrativo, y finalmente, una conducta dispendiosa y relajada. Estas causas, sin embargo, tienen contra sí

remedios. Una conducta moral contribuye á evitar muchas enfermedades, achaque y suspensiones de trabajo. Apartándose de las malas compañías, se evitan los dispendios, la relajacion y el juego. Y las sociedades de corcos mutuos son una garantía contra las enfermedades y achaques inevitables, y un recurso consolador para cuando se llega á la vejez, tanto mas estimable, cuanto que, pasando de la tumba del obrero inscrito, queda para enjugar las lágrimas de sus viudas y sus hijos.

Vestidos y muebles.—Los vestidos y muebles del obrero son los únicos capitales que le son improductivos, pero de los cuales no puede prescindir absolutamente. El medio mas general y admitido de adquirirse, es la compra, es decir, el cambio de dichos capitales por una cantidad correspondiente de dinero. De aquí es que no podrá tener muebles ni vestidos el obrero, si no gana un salario por su trabajo y economiza cierta parte de él; pero como no sirven para acrecentar la fortuna, es preciso que, haciéndose enemigo del lujo, solo tenga aquellos que reclame la necesidad.

Es importante que el obrero conserve sus vestidos y sus muebles; pues su renovacion habrá de ocasionarle un gasto improductivo igual al anterior, que debe considerar como pérdida de su capital pecuniario. Para conseguir dicha conservacion, es necesario que sea previsor y se ajuste á una conducta económica y moral.

El tiempo.—Siendo, por fin, el tiempo un elemento necesario para el trabajo, es preciso que el obrero no pierda un solo minuto; pues los minutos reunidos forman horas y las horas son preciosas para el hombre que no tiene patrimonio. Malgastar el tiempo, es querer vivir mal en la juventud y peor en la vejez. Solo trabajando, cumple el obrero los deberes que le han sido impuestos para consigo mismo, para con sus semejantes y para con Dios.—El ocio es el padre de los vicios, cuyas consecuencias son siempre funestas: del trabajo nace la virtud, fuente de prosperidad; luego su mismo interés lo exige: lo pide igualmente el interés de la familia, á cuyas necesidades debe atender; lo reclama así mismo la sociedad, en cuyo seno no tiene derecho á vivir sino contribuyendo con el empleo de todas sus fuerzas al bienestar de los demás hombres, que son sus hermanos; y hasta el mismo Dios lo quiere y lo manda, para que, como hombre, cumpla el obrero su mision sobre la tierra, condenado como todos á vivir de su trabajo en castigo de su prevaricacion.

Proprietario y editor responsable:
D. JOSE NORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1862.
Imprenta de EL MADRILEÑO, Caballero de
Gracia, 15.